

DIANA
GABALDON

SIETE PIEDRAS PARA
RESISTIR O CAER



Traducción del inglés de
Laura Fernández Nogales

Título original: *Seven Stones to Stand or Fall*

Ilustración de la cubierta: Photolibrary/Getty Images

Copyright © Diana Gabaldon, 2017

Copyright de «*La costumbre del ejército*» © Diana Gabaldon, 2010

Copyright de «*El espacio intermedio*» © Diana Gabaldon, 2013

Copyright de «*Una plaga de zombis*» © Diana Gabaldon, 2011

Copyright de «*Una hoja en el viento de todos los santos*» © Diana Gabaldon, 2010

Copyright de «*Virgenes*» © Diana Gabaldon, 2013

Publicado por acuerdo con la autora c/o BAROR INTERNATIONAL, INC.,
Armonk, New York, U.S.A.

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2018

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-874-9

Depósito legal: B-7.941-2018

1ª edición, mayo de 2018

Printed in Spain

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d'Hortons

Dedico este libro, con todo mi respeto y gratitud, a Karen Henry, Rita Meistrell, Vicki Pack, Sandy Parker y Mandy Tidwell (conocidas como el «Escuadrón de rastreadoras quisquillosas»), por su inestimable ayuda a la hora de encontrar errores, incongruencias y todo tipo de disparates.

(Cualquier error que pueda quedar en el texto es responsabilidad de la autora, quien no sólo ignora con alegría las incongruencias de vez en cuando, sino que, además, se sabe que incurre en más de una de manera deliberada.)

Índice

Introducción	xi
LA COSTUMBRE DEL EJÉRCITO	1
EL ESPACIO INTERMEDIO.....	77
UNA PLAGA DE ZOMBIS.....	185
UNA HOJA EN EL VIENTO DE TODOS LOS SANTOS	269
VÍRGENES	323
UN VERDE FUGITIVO.....	405
SITIADOS	551
Agradecimientos	635

Introducción

Cronología de la saga Forastera

Si el lector ha empezado a leer este libro con la idea de que se trata de la novena novela de la saga Forastera, debe saber que no es así. Pero si no es la novena novela, ¿qué tipo de libro es? Se trata de una colección de siete relatos de diferente extensión y tema, aunque todos ellos están relacionados con el universo de Forastera. En cuanto al título, básicamente se debe a que a mi editora no le gustaba el que yo había elegido en un primer momento, *Salmagundi*,* y, de hecho, yo misma he de admitir que la entiendo muy bien. En cualquier caso, me hizo saber, con mucha educación y a través de mi agente, que prefería algo que estuviera más en consonancia con la naturaleza «sonora y poética» de los títulos de las novelas principales. Sin entrar demasiado en el proceso mental que me condujo hasta el título definitivo (me vienen a la mente conceptos como «elaboración de embutidos» y «picar piedra»), deseaba hallar un nombre que, como mínimo, sugiriese que el libro estaba constituido por diversos relatos (de ahí el término «siete»), motivo por el que, como es natural, se me ocurrió «siete piedras», un concepto que quedó bien y, además, contenía una aliteración (aunque no es del todo poética ni tiene demasiado ritmo).** Así que después de pensar un poco más se me ocurrió «para resistir o caer», ya que tenía el tono pomposo que estaba buscando. Necesité cierta reflexión *ex post facto* para averiguar qué significaba, aunque, por lo general, las cosas acaban teniendo un sentido si piensas en ellas el tiempo suficiente. En este caso, «para resistir o caer» está relacionado con la reacción de las personas frente al dolor y la adversidad; es decir, si

* *Salmagundi*: 1) colección de elementos diversos; 2) plato compuesto de carnes, frutas, y/o cualquier ingrediente que el cocinero tenga a mano, que a menudo se ofrece como acompañamiento *ad hoc* de una comida insuficiente.

** En el título original aparecen las palabras «*Seven Stones*», de ahí el comentario sobre la aliteración que se pierde con la traducción. (*N. de la t.*)

no te mata lo que haya sucedido, puedes elegir de qué forma vas a vivir el resto de tu vida: si sigues en pie, a pesar de estar un poco maltrecho y lastimado por el tiempo y los elementos, y continúas siendo un pilar y una baliza, o bien si caes y regresas en silencio a la tierra de la que saliste, tus elementos ayudarán a quienes lleguen después de ti.

Así pues, este libro consta de siete novelas breves (obra de ficción de menor extensión que una novela convencional, pero más larga que un cuento), aunque todas forman parte del universo de Forastera y van intercaladas en las líneas temporales de las novelas principales. Cinco de las novelas breves que se incluyen en este libro fueron escritas para distintas antologías; las otras dos, «Un verde fugitivo» y «Sitiados», son nuevas y nunca se han publicado. Debido a los distintos criterios que tienen los editores de los diferentes países, es posible que algunos de estos relatos, que ya se habían publicado con anterioridad, se hayan editado en papel en forma de colección de cuatro novelas breves (como, por ejemplo, en Reino Unido y Alemania), o como libros electrónicos independientes (en Estados Unidos). *Siete piedras* es la colección completa editada en papel para los lectores que sienten predilección por los libros físicos, e incluye dos historias más. Como estas novelas encajan en distintos puntos de la serie principal (y en ellas aparecen diversos personajes), a continuación se menciona una cronología general de la saga Forastera, donde se informa sobre el quién, el qué y el cuándo de cada una.

Forastera está constituida por tres tipos de historias: los grandes libros de la saga principal, que no encajan en ningún género específico; las novelas breves, que son una especie de novelas históricas de suspense (aunque en ellas también aparecen batallas, anguilas eléctricas y prácticas sexuales de cualquier índole), y las «jorobas», que son escritos de menor extensión que encajan en cierto sentido en las novelas principales, como si fueran presas engullidas por una serpiente gigante. Estas historias suelen relatar (aunque no siempre) episodios de las vidas de personajes secundarios (son precuelas o secuelas) y/o aclarar alguna laguna que hubiera quedado sin tratar en la historia original.

Los grandes libros de la serie principal narran las vidas y la época de Claire y Jamie Fraser. Las novelas de menor extensión, en cambio, explican las aventuras de lord John Grey, aunque

también se cruzan con los libros principales (en *Lord John y el prisionero escocés*, por ejemplo, aparecen lord John y Jamie Fraser en la misma historia). En las novelas breves aparecen personajes de la serie principal, e incluso, en alguna ocasión, Jamie y/o Claire. En la siguiente descripción se explica qué personajes aparecen en cada historia.

La mayoría de las novelas y las novelas breves de lord John (que existen en la actualidad) transcurren en la enorme laguna temporal que quedó en *Viajera*, entre los años 1756 y 1761. Algunas de las «jorobas» también encajan en ese período, mientras que otras, no.

Por eso, y para la comodidad del lector, esta lista detalla la secuencia de los distintos elementos en términos de línea temporal. Sin embargo, es importante tener en cuenta que tanto las novelas menos extensas como las breves están diseñadas de tal forma que pueden leerse de manera independiente, ya que no hacen referencia a los grandes libros (es importante comentarlo por si al lector le apetece un pequeño aperitivo literario en lugar de engullir un banquete de nueve platos con maridaje de vinos y carrito de postres).

Para que resulte más sencillo, la descripción de cada una de las historias viene acompañada de las fechas en las que transcurre y, si ya se ha publicado con anterioridad, también la fecha de publicación. Esta información resultará de gran utilidad para coleccionistas y bibliófilos, aunque espero que también pueda satisfacer al mayor número de personas posible.

«*Virgenes*» (novela breve): transcurre en 1740, en Francia. Jamie Fraser (que cuenta diecinueve años) y su amigo Ian Murray (de veinte) se convierten en jóvenes mercenarios. Se publicó en inglés por primera vez en 2012, en la antología *Dangerous women*. (No publicado en España.)

Forastera (libro principal): recomiendo empezar por este libro en caso de que el lector no haya leído ninguno de los volúmenes de la saga. Si se tienen dudas con respecto a su lectura, lo mejor es abrir el libro por cualquier punto y leer tres páginas. La novela abarca los años 1946/1743.

Atrapada en el tiempo (libro principal): no empieza donde se cree que debería hacerlo. Y tampoco acaba donde se piensa. La novela abarca los años 1968/1744-1746.

«Un verde fugitivo» (novela breve): transcurre en los años 1744-1745 en París, Londres y Ámsterdam, y narra la historia del hermano mayor de lord John, Hal (Harold, conde de Melton y duque de Pardloe), y la que al final se convertirá en su esposa, Minnie, que en este relato es una chica de diecisiete años de edad que se dedica a la compra-venta de libros insólitos, negocio que utiliza como tapadera para otras actividades ilegales, como falsificaciones, chantajes y robos. En esta historia también aparece Jamie Fraser. (No publicado en España.)

Viajera (libro principal): este libro fue galardonado con un premio de la revista *EW* a la mejor frase de inicio, que es la siguiente: «Estaba muerto. Sin embargo, la nariz le palpitaba dolorosamente, cosa que le resultó extraña, dadas las circunstancias.» Si el lector ha iniciado la saga en orden, en lugar de ir de una novela a otra, aconsejo que lea este libro antes de empezar con las novelas breves y las «jorobas». La novela abarca los años 1968/1746-1767.

Lord John y la mano del diablo («El Club Hellfire») [novela breve]: sólo para agregar un poco más de confusión, este libro (*La mano del diablo*) incluye tres novelas breves. La primera historia, «Lord John y el Club Hellfire», transcurre en Londres, en 1756, y en ella aparece un hombre pelirrojo que busca a lord John Grey para pedirle ayuda, justo antes de morir delante de él. Se publicó por primera vez en inglés en 1998, en la antología *Past Poisons*.

Lord John y un asunto privado (novela): transcurre en Londres, en 1757. Se trata de una novela histórica de suspense, sangrienta y otras muchas cosas más, en la cual lord John conoce (en este orden) a un ayudante de cámara, a un traidor, a un boticario con un remedio infalible para la sífilis, a un alemán engreído y a un príncipe comerciante sin escrúpulos.

Lord John y la mano del diablo («Lord John y el súcubo») [novela breve]: es la segunda historia que se incluye en *La mano del diablo*. En ella encontramos a lord John en Alemania, en 1757, donde tiene unos sueños inquietantes en los que aparece Jamie Fraser, encuentros perturbadores con una princesa sajona, con brujas y con un enorme Graf hanoveriano rubio. Originalmente se publicó en la antología *Legends II*, en 2003.

Lord John y la Hermandad de la espada (novela): es la segunda gran novela centrada en lord John (aunque también incluye a Jamie Fraser). Transcurre en 1758 y el tema central es un gran escándalo familiar que ocurrió veinte años atrás. Asimismo, aparece la relación de lord John con la explosión de un cañón y con unas emociones aún más controvertidas.

Lord John y la mano del diablo («Lord John y el soldado hechizado») [novela breve]: es la tercera novela breve de esta colección y transcurre en 1758, en Londres y el arsenal Woolwich. Lord John se enfrenta a una corte de inquisición debido a la explosión de un cañón, y descubre que en la vida hay cosas mucho más peligrosas que la pólvora.

«La costumbre del ejército» (novela breve): transcurre en 1759, año en que su señoría asiste a una fiesta de anguilas eléctricas en Londres y, como consecuencia, acaba en la batalla de Quebec. Lord John es la clase de persona a la que le suceden estas cosas. Se publicó por primera vez en 2010 en *Warriors*. (No publicado en España.)

Lord John y el prisionero escocés (novela): se desarrolla en 1760, en el Distrito de los Lagos, Londres e Irlanda. Es una especie de novela híbrida, que se divide de manera equitativa entre Jamie Fraser y lord John Grey, que hablarán de política, corrupción, asesinatos, sueños inducidos por el opio, caballos e hijos ilegítimos.

«Una plaga de zombis» (novela breve): transcurre en 1761 en la isla de Jamaica, adonde destinan a lord John como comandante de un batallón con la misión de acabar con lo que parece una sublevación de los esclavos, y donde descubre que tiene cierta afinidad (desconocida hasta entonces) por las serpientes, las cucarachas y los zombis. Se publicó por primera vez en *Down These Strange Streets* en el año 2010. (No publicado en España.)

Tambores de otoño (libro principal): se trata de la cuarta novela de la saga. Comienza en 1767, en el Nuevo Mundo, donde Jamie y Claire encuentran su nuevo hogar en las montañas de Carolina del Norte, y su hija Brianna se entera de muchas cosas cuando una misteriosa noticia en un periódico

la empuja a buscar a sus padres. La novela abarca los años 1969-1970/1767-1770.

La cruz ardiente (libro principal): el trasfondo histórico de esta novela es la guerra de la Regulación que tuvo lugar en Carolina del Norte (1767-1771), y que fue una especie de ensayo previo a la revolución posterior. En esta novela, Jamie se convierte en un rebelde, aunque a regañadientes, y su esposa, Claire, en una hechicera que conoce a un fantasma. Al marido de Brianna, Roger, le ocurre algo mucho peor. Este libro obtuvo diversos galardones a la mejor frase final. La novela abarca los años 1770-1772.

Viento y ceniza (libro principal): es la sexta novela de la saga y obtuvo los premios Corine y Quill (este libro ha aventajado a novelas escritas por George R. R. Martin y Stephen King, lo cual me resultó muy gratificante). Todos mis libros tienen una «estructura» interna que visualizo mientras los estoy escribiendo; en este caso, el cuadro de Hokusai titulado *La gran ola de Kanagawa*. Aquí hay que imaginarse un tsunami y multiplicarlo por dos. La novela abarca los años 1773-1776/1980.

Ecós del pasado (libro principal): la historia se desarrolla en América, Londres, Canadá y Escocia, y es la séptima novela de la saga. La cubierta del libro refleja su estructura interna: un abrojo. El abrojo es una antigua arma militar con unas púas afiladas; los romanos los utilizaban para ahuyentar elefantes, y las patrullas de las autopistas todavía las usan para detener vehículos en persecuciones. Este libro tiene cuatro argumentos centrales: Jamie y Claire; Roger y Brianna (y familia); lord John y William; y el joven Ian, y todas las líneas tienen el nexo común de la revolución americana, todas ellas con unas púas afiladas. La novela abarca los años 1776-1778/1980.

Escrito con la sangre de mi corazón (libro principal): es el octavo libro de la saga. Comienza donde termina *Ecós del pasado*, en el verano de 1778 (y el otoño de 1980). La revolución de las trece colonias está en su máximo apogeo, al mismo tiempo que están sucediendo muchísimas cosas terribles en Escocia a mediados de la década de 1980.

«Una hoja en el viento de Todos los Santos» (novela breve): gran parte de la historia tiene lugar entre 1941 y 1943, y en ella se narra lo que les ocurrió en realidad a los padres de Roger MacKenzie. Originalmente se publicó en 2010 en la antología *Songs of Love and Death*. (No publicado en España.)

«El espacio intermedio» (novela breve): transcurre sobre todo en París, en 1778, y trata principalmente de Michael Murray (el hermano mayor del joven Ian), Joan MacKimmie (la hermana menor de Marsali), el conde de Saint Germain (que no había muerto), la madre Hildegarde y otros personajes interesantes. Pero ¿qué es el espacio intermedio? Eso dependerá de con quién se hable. Se publicó por primera vez en 2013 en la antología *The mad scientist's guide to world domination*. (No publicado en España.)

«Sitiados» (novela breve): la historia tiene lugar en 1762 en Jamaica y La Habana. Cuando lord John está a punto de dejar su puesto como gobernador militar temporal de Jamaica descubre que su madre se encuentra en Cuba, en concreto en La Habana, hecho que no tendría importancia si no fuera porque la marina británica se dirige hacia allí para asediar la ciudad. Con el apoyo de su ayudante de cámara, Tom Byrd, un ex zombi llamado Rodrigo y la esposa con tendencias homicidas de Rodrigo, Azeel, lord John parte con el objetivo de rescatar a la anterior viuda de Pardloe antes de que lleguen los buques de guerra. (No publicado en España.)

Y recordad...

Es posible leer tanto las novelas como las novelas breves de forma independiente, o siguiendo el orden que se desee. Aunque yo recomiendo leer los libros principales en orden cronológico. ¡Espero que disfrutéis mucho!

**LA COSTUMBRE
DEL EJÉRCITO**

Introducción

Uno de los placeres de escribir ficción histórica es que las mejores partes no son inventadas. Esta historia en particular surgió después de que leyera la excelente biografía que escribió Wendy Moore sobre el doctor John Hunter, *The Knife Man*, y, al mismo tiempo, una edición facsímil de un libro publicado por el servicio de parques nacionales acerca de las regulaciones del ejército británico durante la revolución americana.

No estaba buscando nada en concreto en ninguno de los dos libros, sólo estaba leyendo para tener información general acerca del período, y la posibilidad, siempre seductora, de hallar algún dato fascinante, como las fiestas con anguilas eléctricas en Londres (cuyas celebraciones, así como el propio doctor Hunter, que aparece brevemente en esta historia, son datos históricos).

En cuanto a las regulaciones del ejército británico, hay algunas muy importantes; como novelista, es necesario resistir la tentación de explicarle cosas al lector sólo porque se tiene conocimiento de ellas. Sin embargo, en ese libro también encontré alguna perla de sabiduría, como que la palabra «bomba» se empleaba con frecuencia en el siglo XVIII, y a qué se refería la gente cuando la utilizaba. Así, además de significar «artefacto explosivo», también hacía referencia a un recipiente de lata o lona lleno de bolas de plomo o trozos de hierro que se disparaba con un cañón, aunque debemos tener cuidado de no utilizar la palabra «*shrapnel*», que procede del mayor Henry Shrapnel, un oficial de artillería inglés que se valió del concepto de bomba original y desarrolló el *shrapnel*, un obús lleno de metralla y pólvora diseñado para desintegrarse en el aire después de ser disparado desde un cañón. Por desgracia, lo inventó en 1784, cosa que es una lástima, porque el término «*shrapnel*» es muy atractivo para hablar sobre conflictos armados.

Sin embargo, entre otros datos interesantes, me sorprendió una breve descripción sobre el proceso de un consejo de guerra:

«La costumbre del ejército es que un consejo de guerra esté presidido por un oficial de rango superior y el número de oficiales que este último crea conveniente para hacer las veces de consejo. Aunque por lo general son cuatro, pueden ser más, pero nunca menos de tres. La persona acusada tiene derecho a llamar a testigos que la apoyen, y el consejo los interrogará, así como a cualquier otra persona que considere oportuno, y así el consejo determinará las circunstancias y, si cabe condenar al acusado, la sentencia a imponer.»

Y eso era todo. Nada de complejos procedimientos para la presentación de pruebas. No existían las condenas estandarizadas, no había directrices que regularan las sentencias y ningún requisito que estipulara quién podía o debía formar parte de un consejo de guerra, sólo la costumbre del ejército. Está claro que la frase se me quedó grabada en la mente.

*Dedico este relato a Karen Henry,
Edil Curul y Pastora Jefa de Abejorros*

Bien mirado, es probable que la anguila eléctrica tuviera la culpa de todo. John Grey podía, y durante un tiempo lo hizo, culpar también a la honorable Caroline Woodford. Y al cirujano. Y, sin duda, a ese maldito poeta. Y, sin embargo, no, la culpa definitivamente fue de la anguila.

La fiesta se había celebrado en casa de Lucinda Joffrey. Sir Richard no estaba; un diplomático de su rango jamás habría consentido algo tan frívolo. Las fiestas con anguilas eléctricas estaban de moda en el Londres de la época, pero debido a la escasez de estos peces, las fiestas privadas eran muy poco frecuentes. La mayoría de las fiestas de esa clase se celebraba en teatros públicos, con los pocos afortunados elegidos para interactuar con la anguila reunidos en el escenario, donde recibían una descarga; después los volvían a mandar abajo, tambaleándose como bolos para entretenimiento del público.

—¡El récord es de cuarenta y dos a la vez! —le había dicho Caroline.

Dejó de mirar a la criatura, que nadaba en el depósito de agua, y le contestó con los ojos brillantes:

—¿En serio?

Era una de las cosas más peculiares que había visto, aunque no era muy impresionante. Medía casi un metro de largo, tenía un cuerpo anguloso y pesado, con una cabeza chata que parecía haber sido moldeada por un escultor inexperto, y unos ojos tan minúsculos que semejaban canicas opacas. Tenía poco en común con las anguilas ágiles y nerviosas del mercado, y lo cierto es que no parecía capaz de derribar a cuarenta y dos hombres a la vez.

La criatura no tenía ningún atractivo, salvo por un pequeño volante muy delgado en forma de aleta que recorría todo su cuerpo por debajo y ondulaba como si fuera una cortina de gasa movida por el viento. Lord John expresó esta observación a la honorable Caroline y ella comentó que era poético.

—¿Poético? —preguntó una voz cantarina por detrás de él—. ¿Es que los encantos de nuestro galante mayor no tienen fin?

Lord John se volvió torciendo el gesto por dentro, pero sonriendo por fuera, y saludó a Edwin Nicholls inclinando la cabeza.

—Jamás se me ocurriría pisarle el terreno, señor Nicholls —dijo con educación.

Nicholls escribía unas poesías abominables, gran parte de ellas sobre amor, y era muy admirado por jovencitas de cierta ideología. La honorable Caroline no era una de ellas; había escrito una parodia muy ingeniosa acerca de su estilo, aunque Grey creía que Nicholls no había oído hablar de ella. O eso esperaba.

—¿Ah, no?

Nicholls alzó una ceja de color miel y lanzó una breve mirada de gran significado a la señorita Woodford. Su tono era jocoso, pero su mirada no, y Grey se preguntó cuánto habría bebido el señor Nicholls. El poeta tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, pero podía tratarse sólo de la calidez de la estancia, que era considerable, y de la excitación de la fiesta.

—¿Ha pensado en componerle una oda a su amiga? —preguntó Grey, ignorando la insinuación de Nicholls y gesticulando en dirección al enorme depósito que contenía la anguila.

Nicholls se rió demasiado alto y agitó la mano. De hecho, había bebido un poco más de la cuenta.

—No, no, mayor. ¿Cómo se me iba a ocurrir malgastar mi energía en una criatura tan repugnante e insignificante cuando existen deliciosos ángeles como éste en los que puedo inspirarme?

Le lanzó una mirada lasciva a la señorita Woodford y ella sonrió apretando los labios y le dio un golpecito censorador con el abanico. Grey no deseaba calumniar al hombre, pero era evidente que éste la había mirado con deseo.

Grey se preguntaba dónde estaba el tío de Caroline. Simon Woodford compartía el interés por la historia natural que tenía su sobrina y, sin duda, la habría acompañado en... ¡Oh, ahí estaba! Simon Woodford estaba enfrascado en una discusión con el señor Hunter, el famoso cirujano. ¿En qué estaba pensando Lucinda cuando decidió invitarlo? Entonces vio que Lucinda miraba al señor Hunter con los ojos entornados por encima del abanico y fue consciente de que no había sido ella quien lo había invitado.

John Hunter era un cirujano famoso y un experto en anatomía infame. Se rumoreaba que el hombre no se detenía ante nada para conseguir un cuerpo que deseara especialmente, fuera hu-

mano o no. Se codeaba con la sociedad, pero no se movía en los círculos de Joffrey.

Lucinda Joffrey tenía unos ojos muy expresivos. Eran preciosos, con forma de almendra, de color ambarino, y capaces de enviar mensajes bastante amenazadores desde el otro extremo de una sala llena de gente.

«¡Venga aquí!», le decían. Grey sonrió y levantó la copa en su dirección a modo de saludo, pero no hizo ademán de obedecer. Ella entornó más los ojos, que brillaban con gran peligro, y los posó de pronto en el cirujano, que se estaba acercando al depósito de agua con el rostro encendido por la curiosidad y la codicia.

Volvió a clavarle los ojos a Grey.

«¡Deshágase de él!», ordenaban.

Grey miró a la señorita Woodford. El señor Nicholls la había cogido de la mano y parecía que le estuviera recitando algo; sin embargo, la impresión que daba era que quería recuperar su mano. Grey volvió a mirar a Lucinda y se encogió de hombros haciendo un pequeño gesto en dirección a la espalda de terciopelo ocre del señor Nicholls para expresar que la responsabilidad social no le dejaba satisfacer su petición.

—No sólo la cara de un ángel —estaba diciendo Nicholls mientras le estrechaba los dedos a Caroline tan fuerte que la chica dio un respingo—, sino también la piel. —Le acarició la mano y la lascivia de su mirada se enardeció—. Me gustaría saber a qué huelen los ángeles por la mañana.

Grey valoró su comportamiento con cautela. Una sola frase más de esa clase y se vería obligado a pedirle al señor Nicholls que lo acompañara a la calle. Nicholls era alto y robusto, pesaba casi trece kilos más que Grey y tenía fama de violento. «Lo mejor será que primero intente romperle la nariz —pensó Grey cambiando el peso a la otra pierna—. Luego lo lanzaré de cabeza a un seto. Si lo dejo hecho un desastre no volverá a entrar.»

—¿Qué está mirando? —preguntó Nicholls con desagrado al advertir cómo lo estaba mirando Grey.

Alguien comenzó a dar palmadas con fuerza y Grey no tuvo que contestar: era el propietario de la anguila, que llamaba la atención de los asistentes a la fiesta. La señorita Woodford aprovechó la distracción para recuperar la mano con las mejillas ruborizadas por la vergüenza. Grey se acercó enseguida a ella y la cogió del codo mientras le clavaba una mirada gélida a Nicholls.

—Venga conmigo, señorita Woodford —dijo—. Busquemos un buen sitio desde donde observarlo todo.

—¿Observar? —preguntó una voz por detrás de él—. Supongo que no habrá venido sólo a observar, ¿verdad, señor? ¿No tiene algo de curiosidad por experimentar el fenómeno por sí mismo?

Era el mismísimo Hunter, que le sonreía con el cabello espeso recogido con esmero hacia atrás y ataviado con un traje de color rojo ciruela; el cirujano era robusto y musculoso, pero bastante bajito, apenas un metro sesenta, y Grey le sacaba más de diez centímetros. Era evidente que había advertido el intercambio silencioso con Lucinda.

—Pues creo que... —empezó a decir Grey, pero Hunter ya lo había cogido del brazo y lo estaba arrastrando en dirección a la multitud que se reunía alrededor del depósito. Caroline lanzó una mirada de alarma a Nicholls, que echaba chispas por los ojos, y se apresuró a seguir a Grey.

—Me interesará mucho escuchar su descripción de la sensación —le estaba diciendo Hunter en tono amistoso—. Hay quien asegura que se siente euforia, una desorientación momentánea, falta de aliento, o mareo, y en ocasiones dolor en el pecho. No tendrá problemas de corazón, ¿verdad, mayor? ¿Y usted, señorita Woodford?

—¿Yo?

Caroline parecía sorprendida.

Hunter inclinó la cabeza.

—Estoy especialmente interesado en presenciar su reacción, señorita —dijo con respeto—. Hay pocas mujeres que tengan el valor de embarcarse en esta aventura.

—Ella no quiere participar —se apresuró a afirmar Grey.

—Bueno, quizá sí quiera —repuso ella, y lo miró con el ceño algo fruncido antes de clavar los ojos en el depósito que contenía la larga criatura gris. Se estremeció un poco, pero Grey, como hacía mucho tiempo que conocía a la dama, advirtió que se trataba de un escalofrío de emoción y no de rechazo.

El señor Hunter también fue consciente de ello. Sonrió con más ganas y le hizo otra reverencia, luego le tendió el brazo a la señorita Woodford.

—Permítame buscarle un sitio, señorita.

Tanto Grey como Nicholls hicieron además de desplazarse para impedirse y chocaron, y permanecieron allí fulminándose con la mirada mientras el señor Hunter acompañaba a Caroline hasta el depósito y le presentaba al propietario de la anguila, una pequeña criatura oscura llamada Horace Suddfield.

Grey apartó a Nicholls de un codazo y se abrió paso entre la gente con aspereza hasta llegar al frente. Hunter lo vio y esbozó una gran sonrisa.

—¿Todavía tiene restos de metal en el pecho, mayor?

—¿Que si tengo qué?

—Metal —repitió Hunter—. Arthur Longstreet me detalló la operación en la cual le extrajo treinta y siete fragmentos de metal del pecho, y me pareció impresionante. Sin embargo, si todavía le queda algún resto, le aconsejo que no experimente con la anguila. El metal conduce la electricidad, y existe la posibilidad de sufrir quemaduras...

Nicholls también se había abierto paso a través de la gente y soltó una desagradable carcajada al oír aquel comentario.

—Una buena excusa, mayor —repuso con evidente mofa en la voz. Grey pensó que estaba muy bebido. Aun así...

—No me queda nada —respondió secamente.

—Perfecto —exclamó Suddfield con educación—. Imagino que es usted soldado, ¿verdad? Un caballero valiente, por lo que veo; ¿quién mejor que usted para empezar?

Y antes de poder protestar, Grey estaba junto al depósito, Caroline Woodford lo había cogido de una mano y Nicholls la cogía a ella de la otra con una mirada maliciosa en los ojos.

—¿Está todo el mundo preparado, señoras y caballeros?! —aulló Suddfield—. ¿Cuántos tenemos, Dobbs?

—¡Cuarenta y cinco! —gritó su ayudante desde la estancia contigua, por donde serpenteaba la fila de participantes unidos por las manos. Los voluntarios se retorcían emocionados mientras el resto de los asistentes aguardaban impacientes y bien alejados.

—¡¿Todo el mundo se está tocando?! —gritó Suddfield—. ¡Agárrense con fuerza a sus compañeros, por favor, con mucha fuerza! —Se volvió hacia Grey con el pequeño rostro iluminado—. ¡Adelante, señor! Cójala con fuerza, por favor, justo por ahí, ¡justo antes de la cola!

Sin pararse a pensarlo ni valorar las consecuencias que podía ocasionar a su puño de encaje, Grey apretó los dientes y metió la mano en el agua.

En cuanto agarró aquella criatura resbaladiza esperaba experimentar algo parecido al chispazo que uno siente al tocar una botella de Leiden y encenderla. Entonces salió disparado con fuerza hacia atrás, se le contrajeron todos los músculos del cuerpo y acabó tendido en el suelo retorciéndose como un pez fuera

del agua y jadeando en vano mientras trataba de recordar cómo se respiraba.

El cirujano, el señor Hunter, se puso en cuclillas a su lado y lo observó con emocionado interés.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó—. ¿Está mareado?

Grey negó con la cabeza al tiempo que boqueaba como un pez dorado y se golpeaba el pecho con cierto esfuerzo. El señor Hunter aceptó la invitación, se inclinó sobre él, le desabrochó el chaleco y le pegó la oreja al pecho. Lo que fuera que oyera o dejara de oír pareció alarmarlo, porque dio un respingo, entrelazó los puños y golpeó a Grey en el pecho con tanta fuerza que el impacto resonó hasta la columna vertebral.

El golpe tuvo el saludable efecto de extraerle el aire de los pulmones; se llenaron de nuevo por reflejo y, de pronto, recordó cómo se respiraba. Su corazón también pareció recordar su función y empezó a latir de nuevo. Se sentó, esquivando otro golpe del señor Hunter, y observó, parpadeando, la carnicería que había a su alrededor.

El suelo estaba lleno de cuerpos. Algunos seguían retorciéndose, otros estaban inmóviles, con las extremidades extendidas, y había quienes ya se habían recuperado y sus amigos los estaban ayudando a ponerse de pie. Se oía todo tipo de exclamaciones de emoción, y Suddfield se colocó muy sonriente junto a su anguila para aceptar las felicitaciones. La anguila parecía contrariada; no dejaba de nadar en círculos y contorsionaba su pesado cuerpo con brusquedad.

Grey vio que Edwin Nicholls estaba a cuatro patas y empezaba a levantarse poco a poco. Cogió a Caroline Woodford de los brazos y la ayudó a levantarse. Y ella lo hizo, pero con tanta dificultad que perdió el equilibrio y cayó de cara sobre el señor Nicholls. Él, a su vez, perdió el equilibrio y cayó de culo, con la honorable Caroline encima. Ya fuera debido a la conmoción, a la excitación, a la bebida, o a su simple tosquedad, aprovechó el momento, y a Caroline, y le dio un tórrido beso en los labios.

A partir de ese momento las cosas se complicaron un poco. Grey tenía la vaga impresión de que le había roto la nariz a Nicholls, idea corroborada por un par de nudillos hinchados en la mano derecha. Pero había mucho ruido y tenía la desconcertante sensación de que no estaba del todo confinado en el interior de su cuerpo. Parecía como si ciertas partes de él flotaran a la deriva y hubieran escapado de los límites de su carne.